

Douglas Kennedy
EL MOMENTO
EN QUE TODO CAMBIÓ

Traducción de Claudia Conde

arpa

Oh, I have made myself a tribe
out of my true affections,
and my tribe is scattered!
How shall the heart be reconciled
to its feast of losses?*

STANLEY KUNITZ, *The layers*

* Me he fabricado una tribu / con mis verdaderos afectos, / y está dispersa mi tribu. / ¿Cómo va a reconciliarse el corazón / con su banquete de ausencias?

PRIMERA PARTE

I

Esa mañana me llegaron los papeles del divorcio. He tenido comienzos de día mejores. Aunque ya sabía que vendrían, el momento en que aterrizaron en mis manos fue deprimente, porque su llegada anunciaba el principio del fin.

Vivo en una casa pequeña, situada sobre una carretera secundaria cerca de Edgecomb, Maine. Es una casita sencilla: dos dormitorios, un estudio y un espacio único para la cocina y el cuarto de estar, con paredes encaladas y suelo de entarimado barnizado. La compré hace un año, cuando me hice con algo de dinero. Mi padre acababa de morir, y aunque no tenía ni cinco cuando le estalló el corazón, aún le quedaba una póliza en vigor, de la época en que trabajaba para una gran empresa. El seguro pagó trescientos mil dólares, y como yo era su único hijo y heredero (mi madre había dejado este mundo varios años antes), fui también el único beneficiario. Mi padre y yo no estábamos muy unidos. Hablábamos por teléfono una vez a la semana y todos los años le hacía una visita de tres días en su bungalow de jubilado en Arizona. También le mandaba un ejemplar de cada uno de mis libros de viajes en cuanto se publicaban. Aparte de eso, el contacto era mínimo. Una arraigada incomodidad impedía que nos sintiéramos a gusto o que hubiera confianza entre nosotros. Cuando viajé solo en avión a Phoenix para organizar el funeral y cerrar su casa, un abogado de la ciudad se puso en contacto conmigo. Me dijo que le había hecho el testamento y me preguntó si sabía

que estaba a punto de recibir una bonita suma de la Mutua de Seguros de Omaha.

—Pero ¡si mi padre pasó apuros económicos durante años! —le dije al abogado—. ¿Por qué no cobró la póliza y vivió de los beneficios?

—Buena pregunta —respondió él—, eso mismo le aconsejé yo. Pero el viejo era muy testarudo, muy orgulloso.

—Y que lo diga —repliqué—. Una vez traté de enviarle dinero, solo un poco, porque tampoco podía ofrecerle mucho, pero me devolvió el cheque.

—Las pocas veces que lo vi, presumió de ser el padre de un escritor famoso.

—Estoy muy lejos de ser famoso.

—Pero ha publicado. El viejo estaba muy orgulloso de lo que ha conseguido en la vida.

—No lo sabía —dije, con repentina dificultad para contener las lágrimas. Mi padre casi nunca me hablaba de mis libros.

—Los hombres de su generación muchas veces son incapaces de expresar lo que sienten —continuó el abogado—, pero es obvio que él quería dejarle algún tipo de herencia, así que prepárese para recibir unos trescientos mil dólares en algún momento de la próxima quincena.

La mañana siguiente regresé al este, y en lugar de dirigirme a la casa de Cambridge donde vivía con mi mujer, alquilé un coche en el aeropuerto Logan y puse rumbo al norte. Caía la tarde cuando salí del aeropuerto. Entré en la Interestatal 95 y seguí adelante. Al cabo de tres horas estaba en la Ruta 1, en Maine. Atravesé Wiscasset, crucé el río Sheepscot y me detuve en un motel. Estábamos a mediados de enero. El termómetro marcaba una temperatura muy inferior al punto de congelación. Una nevada reciente lo había pintado todo de blanco, y yo era el único huésped del establecimiento.

—¿Qué lo trae por aquí en esta época del año? —me preguntó el empleado de la recepción.

—Ni idea —respondí.

Esa noche no pude dormir y me bebí casi toda la botella de bourbon que llevaba en la bolsa de viaje. A primera hora de la mañana

me metí otra vez en el coche alquilado y me puse en camino. Seguí hacia el este por la carretera, una estrecha vía de dos carriles que bajaba serpenteando una colina y trazaba después una amplia curva. Una vez superado el recodo, el premio fue espectacular, porque delante de mí se abrió una extensión helada con matices de aguamarina: una bahía vasta y abrigada, salpicada de bosques escarchados, con un manto de niebla suspendido sobre la superficie del agua congelada. Me detuve y salí del coche. Soplaban un viento boreal que me azotó la cara y me irritó los ojos, pero me obligué a seguir andando hasta la orilla. Un sol enclenque intentaba iluminar el mundo, pero con tan poca potencia que la bahía entera permanecía envuelta en una niebla a la vez etérea y fantasmagórica. Aunque el frío era atroz, no podía dejar de mirar aquel paisaje espectral, hasta que otra ráfaga de viento me hizo girar la cara.

En ese preciso instante vi la casa.

Estaba situada en una parcela pequeña, elevada por encima de la bahía. El diseño era muy simple: una estructura de una sola planta, con revestimiento de tablillas blancas castigadas por la intemperie. El pequeño sendero para coches estaba vacío. Dentro no había luces encendidas, pero al frente habían colocado un cartel de «Se vende». Saqué la libreta y anoté el teléfono y el nombre del agente inmobiliario de Wiscasset que se encargaba de la venta. Pensé seguir andando para ver la casa más de cerca, pero el frío me obligó a meterme de nuevo en el coche. Arranqué y me puse a buscar una casa de comidas donde sirvieran desayunos. Encontré una a las afueras del pueblo, y al cabo de un rato localicé la inmobiliaria en la calle principal. Treinta minutos después de entrar en el local, estábamos de vuelta en la casa.

—Tengo que advertirle que la construcción es un poco primitiva —me dijo el agente—, pero tiene un buen esqueleto. Además, está prácticamente en la orilla. Y lo mejor es que se trata de una liquidación patrimonial por sucesión. Lleva dieciséis meses en el mercado, por lo que la familia estará dispuesta a aceptar cualquier oferta razonable.

El agente tenía razón. La casa era rústica en el mal sentido de la palabra, pero estaba preparada para el invierno. Y, gracias a mi padre, los doscientos veinte mil dólares del precio de venta se

habían vuelto asequibles. Ofrecí ciento ochenta y cinco mil allí mismo. Al final de la mañana, la oferta había sido aceptada. A la mañana siguiente me reuní con un maestro de obras local (por cortesía del agente inmobiliario) que estuvo de acuerdo en reformar la casa con mi presupuesto de sesenta mil dólares. A última hora de ese mismo día llamé por fin a casa y tuve que responder a un montón de preguntas de Jan, mi mujer, que quería saber por qué no había llamado ni una vez durante las últimas setenta y dos horas.

—Porque de regreso del funeral de mi padre compré una casa.

A esa afirmación siguió un silencio prolongado y fue en ese preciso momento (ahora lo comprendo) cuando su paciencia conmigo, comprensiblemente, se quebró.

—Por favor, dime que es una broma —dijo ella.

Pero no lo era. Era una especie de proclamación, una declaración con una cantidad considerable de mensajes implícitos. Jan lo comprendió. Y yo también sabía que, cuando supiera de mi compra impulsiva, el paisaje entre ambos quedaría dañado de forma irreparable.

Sin embargo, seguí adelante y compré la casa, lo que debía de querer decir que en realidad yo deseaba que las cosas tomaran ese rumbo.

Pero el momento del cisma permanente no se produjo hasta ocho meses después. Un matrimonio (sobre todo cuando ha durado veinte años) rara vez se rompe con una explosión definitiva. Es más como las fases por las que transita una persona cuando le diagnostican una enfermedad terminal: ira, negación, negociación, otra vez ira, negación..., aunque creo que nosotros nunca llegamos a la etapa de la «aceptación» en nuestro «viaje». En lugar de eso, un fin de semana de agosto, cuando llegamos a la casa recién reformada, Jan decidió decirme que para ella nuestro matrimonio se había terminado. Y se marchó en el primer autobús que salía del pueblo.

No acabó con una explosión, sino simplemente... con una vaga tristeza.

Me quedé en la casa de campo todo el verano y solo volví a Cambridge (aprovechando que mi mujer había salido el fin de

semana) para recoger todas mis pertenencias terrenales: libros, papeles y la poca ropa que tenía. Después, volví al norte.

No acabó con una explosión, simplemente...

Pasaron los meses. Dejé de viajar por un tiempo. Mi hija Candace venía a visitarme un fin de semana al mes. Un martes sí y otro no (por decisión suya), yo hacía el trayecto de media hora que me separaba de su colegio universitario en Brunswick y la llevaba a cenar. Cuando estábamos juntos, hablábamos de sus clases, de sus amigos y del libro que yo estaba escribiendo. Pero casi nunca mencionábamos a su madre. Excepto una noche, después de Navidad, cuando me preguntó:

—¿Estás bien, papá?

—No estoy mal —respondí, sintiendo que mi tono era reticente.

—Deberías conocer a alguien.

—Eso no resulta fácil en los bosques de Maine. De todos modos, tengo que terminar el libro.

—Mamá siempre decía que para ti los libros son lo primero.

—¿Y tú también lo piensas?

—Sí y no. Pasabas mucho tiempo fuera. Pero molaba cuando estabas en casa.

—¿Y todavía te gusta estar conmigo?

—¡Claro! —respondió dándome un apretón en un brazo—. Pero preferiría que no estuvieras tan solo.

—Es la maldición del escritor —dije—. Necesita estar solo, necesita obsesionarse, y a los que tiene cerca no siempre les resulta fácil soportarlo. Y créeme que no los culpo.

—Mamá me dijo una vez que tú nunca la quisiste de verdad, que tu corazón estaba en otra parte.

La observé largamente.

—Pasaron muchas cosas antes de conocer a tu madre —repliqué—, pero aun así, la quise.

—Pero no siempre.

—Estuvimos casados, con todo lo que eso significa. Y nuestro matrimonio duró veinte años.

—¿Aunque tu corazón estuviera en otra parte?

—Haces muchas preguntas.

—Porque solo contestas con evasivas, papá.

—El pasado es eso, pasado.

—Y tú quieres esquivar la pregunta a toda costa.

Le sonreí a mi hija excesivamente precoz y le propuse que bebiéramos otra copa de vino.

—Tengo una pregunta de alemán —dijo ella.

—Adelante, ponme a prueba.

—El otro día estábamos traduciendo a Lutero en clase...

—¿Tu profesor es un sádico?

—No, solo es alemán. Verás, mientras trabajábamos en una recopilación de aforismos de Lutero, encontré uno que me pareció que venía al caso...

—¿En relación con quién?

—Con nadie en particular. Pero no estoy segura de haberlo traducido bien.

—¿Y crees que yo puedo ayudarte?

—Tú hablas alemán con soltura, papá. *Du sprichst die Sprache.*

—Solo después de un par de vasos de vino.

—Papá, la modestia es muy aburrida.

—Bueno, a ver, dime la frase de Lutero.

—*Wie bald* «nicht jetzt» «nie» *wird.*

No me inmuté. Simplemente, se la traduje.

—¡Qué pronto «aún no» se convierte en «nunca»!

—¡Es una frase buenísima! —exclamó Candace.

—Y como todas las frases buenísimas, tiene algo de verdad.
¿Por qué te llamé la atención?

—Porque me preocupa ser una de esas personas que tienden al «aún no».

—¿Por qué lo dices?

—No sé vivir el momento, no me permito ser feliz en el lugar donde estoy.

—¿No estás siendo demasiado severa contigo misma?

—No, y sé que tú eres igual.

Wie bald «nicht jetzt» «nie» *wird.*

—El momento... —dije como si fuera la primera vez que pronunciaba esa palabra— está muy sobrevalorado.

—Pero es lo único que tenemos, ¿verdad? Esta noche, esta conversación, este momento... ¿Acaso hay algo más?

—El pasado.

—Sabía que lo dirías... porque es tu obsesión. Está en todos tus libros. ¿Por qué «el pasado», papá?

—Porque siempre explica el presente.

Y porque uno nunca puede sustraerse de sus garras, como tampoco puede aceptar lo que de terminal hay en la vida. Basta pensar, por ejemplo, que mi matrimonio quizás empezó a desintegrarse hace una década, y que el primer indicio del fin fue tal vez aquel día del pasado enero, cuando compré la casa en Maine. Pero yo no acepté realmente que todo aquello fuera definitivo hasta la mañana siguiente de mi cena con Candace, cuando oí que llamaban a mi puerta a una hora demasiado temprana.

Los pocos vecinos que tengo saben bien que no soy madrugador. Eso me convierte en un bicho raro en este rincón de Maine, donde parece como si todo el mundo se levantara una hora antes del alba y donde las nueve de la mañana se consideran más o menos el mediodía.

Pero yo nunca salgo al mundo antes de las doce. Soy nocturno. Normalmente empiezo a escribir después de las diez y por lo general trabajo hasta las tres; después, me sirvo uno o dos whiskies, veo una película antigua o leo un poco y me meto en la cama en torno a las cinco. Vivo así desde que empecé a escribir, hace veintisiete años, un hecho que a mi mujer le pareció encantador al principio de nuestro matrimonio y una fuente de inacabable frustración al cabo de un tiempo. «Entre los viajes y los maratones de trabajo nocturno, no hago vida contigo», solía lamentarse, y yo solo podía responder que me declaraba culpable. Ahora que mis cincuenta años han quedado atrás, ya no puedo desprenderme de mis costumbres vampíricas. Las pocas veces que veo el alba son las ocasionales noches en que el entusiasmo me lleva a escribir hasta el amanecer.

Pero aquella mañana de enero, una sucesión de retumbantes golpes autoritarios me despertó de repente, justo cuando los tentativos rayos de un sol invernal hendían el cielo de la noche. Durante un instante de desconcierto, creí estar inmerso en una loca fantasía kafkiana, donde la policía de un Estado siniestro venía a detenerme por indefinidos delitos de opinión. Pero entonces

reaccioné. El despertador de la mesilla de noche indicaba poco más de las siete y media. Los golpes arreciaron. Era cierto que alguien estaba aporreando la puerta.

Me levanté, cogí un albornoz y fui hasta la puerta. Cuando la abrí, encontré a un hombre de aspecto achaparrado que vestía una parka y un gorro de lana. Tenía una mano detrás de la espalda. Parecía aterido y enfadado.

—O sea, que resulta que sí estaba en casa —dijo mientras una niebla de aliento congelado envolvía sus palabras.

—¿Perdón?

—¿Thomas Nesbitt?

—Sí...

De pronto, la mano que tenía oculta detrás de la espalda emergió sosteniendo un sobre bastante grande de papel marrón. Como un maestro victoriano que usara una regla para castigar a un alumno, lo dejó caer en la palma de mi mano derecha con un golpe seco.

—Aquí tiene, señor Nesbitt —dijo. Después dio media vuelta y se metió en su coche.

Me quedé en la puerta varios minutos, totalmente ajeno al frío, con la mirada fija en el sobre marrón del juzgado y tratando de asimilar lo que significaba. Cuando por fin empecé a sentir que los dedos se me estaban entumeciendo, entré en la casa. Me senté a la mesa de la cocina y abrí el sobre. En su interior había una demanda de divorcio presentada en el estado de Massachusetts. Mi nombre, Thomas Alden Nesbitt, estaba impreso al lado del de mi mujer, Jan Rogers Stafford. A ella la llamaban la demandante, y a mí, el demandado. Antes de que mis ojos pudieran captar nada más, empujé el documento lejos de mí y tragué saliva. Lo había previsto. Pero hay una gran diferencia entre lo hipotético y la tipografía descamada de lo real. Por mucho que uno lo espere, un divorcio no deja de ser la terrible admisión de un fracaso. La sensación de pérdida, sobre todo después de veinte años, es inmensa. Y entonces...

Ese documento. La declaración definitiva.

¿Cómo podemos desprendernos de lo que una vez nos pareció esencial?

Esa mañana de enero no tuve respuesta para esa pregunta. Solo tenía un documento que me aseguraba que mi matrimonio

se había acabado y un interrogante implacable y perturbador: «¿Podremos (podré) salir de este bosque oscuro?».

«Mamá me dijo una vez que tú nunca la quisiste de verdad, que tu corazón estaba en otra parte».

No es tan sencillo. Pero no hay duda de que la historia explica todo lo que sucede en nuestras vidas, y es muy difícil liberarse de algunas cosas inmutables que siguen pesando sobre nosotros.

«Pero ¿para qué buscar respuestas, si ninguna traerá ningún alivio? —me dije mirando la demanda al otro lado de la mesa—. Haz lo que haces siempre cuando la vida se te echa encima: huye».

Por eso, mientras esperaba a que terminara de filtrarse el café, hice un par de llamadas. A mi abogada, en Boston, que me pidió que firmara la demanda y se la enviara, y me dio también un consejo: «No te dejes llevar por el pánico». Llamé a un hotelito que está unas cinco horas al norte de mi casa para ver si tenían una habitación libre para los siete días siguientes. Cuando me confirmaron que sí, les dije que llegaría ese mismo día, hacia las seis de la tarde. Una hora después me había duchado y afeitado, y tenía hecha la maleta. Cogí el portátil y el equipo de esquí de fondo y lo cargué todo en el todoterreno. Llamé a mi hija y le dejé un mensaje en el móvil diciéndole que estaría ausente toda la semana, pero que nos veríamos para cenar el martes siguiente. Cerré la casa y miré el reloj. Las nueve. Cuando monté en el coche, había empezado a nevar. Al cabo de unos momentos la nevada se había convertido casi en ventisca, pero aun así conduje mi vehículo hasta la carretera y, con mucho cuidado, puse rumbo hacia la intersección con la Ruta 1. Cuando miré por el retrovisor, vi que mi casa había desaparecido. Un simple cambio de tiempo y todo lo que para nosotros es concreto y crucial puede desaparecer en un instante, borrado por una cortina blanca.

La nevada seguía siendo intensa cuando giré al sur y me detuve en la oficina de correos de Wiscasset. Después de enviar los documentos firmados, seguí mi camino en dirección al oeste. Para entonces, la visibilidad era nula, lo que volvía imposible cualquier intento de ir un poco rápido. Lo mejor habría sido abandonar el barco, buscar un motel y refugiarme allí hasta que pasara la ventisca, pero estaba atascado en el tipo de actitud que

se apodera de mí cuando soy incapaz de escribir cosas como «Ya saldrás adelante».

Me llevó casi seis horas llegar a mi destino. Cuando finalmente entré en el estacionamiento del hotel, en la ciudad de Quebec, no pude evitar preguntarme qué estaba haciendo allí.

Estaba tan agotado por todos los sucesos del día que a las diez me desmoroné en la cama y conseguí dormir hasta el amanecer. Cuando desperté, tuve el habitual momento de desconcierto y después me sobrevino la angustia. Un día más, tendría que esforzarme para que el dolor no llegara a ser intolerable. Después del desayuno, me puse la ropa adecuada y me dirigí al norte, siguiendo el curso del San Lorenzo, hasta una estación de esquí de fondo que una vez había visitado con Jan. La temperatura, según el indicador de mi coche, era de diez grados bajo cero. Aparqué el vehículo y salí a un frío lacerante y vengativo. Saqué los esquís y los bastones por la puerta trasera del coche y me dirigí a la cabecera de la pista. Tras calzarme los esquís, las botas encajaron en las fijaciones con un clic categórico. De inmediato me adentré por el espeso bosque a través del cual discurría la pista. El frío era tan severo que sentía rígidos los dedos. Era imposible cerrarlos en torno a los bastones, pero me obligué a ganar velocidad. El esquí de fondo pone a prueba la resistencia, sobre todo a temperaturas bajo cero. Solo después de adquirir suficiente impulso para que el cuerpo se caliente, lo intolerable se vuelve aceptable. Ese proceso me llevó alrededor de media hora, durante la cual los dedos se me fueron descongelando poco a poco a medida que aumentaba mi calor corporal. Al cabo de unos cinco kilómetros ya había entrado en calor y estaba tan concentrado en el ritmo avanzar-deslizar, avanzar-deslizar del movimiento de los esquís que iba completamente ajeno a todo lo que había a mi alrededor.

Así seguí, hasta que la pista describió una curva muy cerrada y me envió cuesta abajo por una vertiginosa ladera. «Esto te pasa por meterte en una pista negra», pensé. Pero mi pasado aprendizaje entró en acción y, con cuidado, levanté el esquí izquierdo del trazado y lo apoyé en la nieve removida. Después, giré la punta hacia adentro, en dirección al otro esquí. Sin embargo, la pista estaba tan congelada, tan apisonada por los esfuerzos de anteriores esquiadores, que simplemente no pude frenar. Intenté arrastrar los

bastones, pero fue en vano. Entonces volví a apoyar el esquí en el trazado, levanté los bastones y me dejé ir. Me encontré de pronto en una feroz trayectoria de descenso, donde la velocidad desplazaba a la lógica, sin la menor idea de lo que podía haber delante. Durante unos instantes fugaces sentí la euforia de la caída libre, el abandono de toda prudencia, la sensación de que no importaba nada, excepto esa loca carrera hacia...

Un árbol. Lo vi delante de mí, con un tronco enorme que parecía atraerme. La gravedad me enviaba hacia su epicentro y nada podía impedir el choque que me borraría de la faz de la tierra. Durante un nanosegundo, casi lo agradecí..., hasta que vi la cara de mi hija delante de mí y me sobrecogió una idea: «Tendrá que recordar esto el resto de su vida». En ese momento, un instinto racional se apoderó de mí y me impulsó a eludir el impacto inminente. Cuando caí en la nieve, seguí resbalando muchos metros más. La nieve no era precisamente un colchón, sino una lámina de tundra congelada. Me golpeé el costado izquierdo en la superficie, dura como el hormigón, y después la cabeza. El mundo se volvió borroso, y entonces...

Sentí que había una persona agachada a mi lado que comprobaba mis signos vitales y hablaba por teléfono en un francés rápido. Más allá de eso, todo era vago y parecía sumido en la bruma. No era muy consciente de nada, aparte de que me dolía todo el cuerpo. Perdí el conocimiento y volví en mí mientras me ponían en una camilla, me cargaban sobre un trineo, me ataban con correas y...

Poco después me estaban arrastrando por terreno ondulado. Conservé la conciencia el tiempo suficiente para levantar la cabeza y ver que una motonieve arrastraba mi trineo. Enseguida, la bruma se apoderó otra vez de mi cerebro.

Estaba en una cama, en una habitación: sábanas blancas y rígidas, paredes color crema, falso techo de paneles cuadriculados. Levanté la cabeza y vi un surtido de tubos y cables que me salían del cuerpo. Me vinieron arcadas. Una enfermera se me acercó apresuradamente, cogió una cubeta y la sostuvo delante de mí mientras yo vomitaba. Cuando lo hube expulsado todo, me di cuenta de que estaba llorando. La enfermera me pasó un brazo por los hombros y me dijo:

—Alégrese... Está vivo.

Un médico vino a verme diez minutos después. Me dijo que había tenido suerte de salir relativamente ileso. Me había dislocado un hombro, que habían vuelto a colocarme mientras estaba inconsciente, y tenía varios hematomas espectaculares en el muslo izquierdo y en las costillas. En cuanto a la cabeza, me habían hecho una resonancia magnética y no habían encontrado nada malo.

—El golpe lo dejó inconsciente y sufrió una conmoción cerebral. Pero es evidente que tiene la cabeza muy dura, porque no hemos observado ningún daño importante.

Ojalá hubiera tenido igual de duro el corazón.

Más adelante descubrí que estaba en un hospital de la ciudad de Quebec. Tuve que quedarme dos días más para someter a fisioterapia el hombro maltrecho y para permanecer en observación por si surgían «complicaciones neurológicas imprevistas». La fisioterapeuta (una mujer de Ghana con una actitud bastante irónica ante la vida) me dijo que tenía que agradecer mi estado a alguna fuerza superior.

—Es evidente que ahora mismo debería estar en un lugar muy malo, pero salió bien parado del trance. Se ve que alguien lo estaba protegiendo.

—¿Y quién cree usted que puede ser ese «alguien»?

—Dios, quizás, o tal vez alguna potencia ultraterrena. O puede ser que fuera usted mismo, ¿quién sabe? Según el esquiador que venía detrás (el hombre que llamó para pedir socorro), bajaba usted la ladera a toda velocidad, como si no le importara lo que pudiera pasarle. Entonces, en el último instante, dio un salto y se apartó del árbol. Usted mismo se salvó la vida. Eso significa, evidentemente, que tenía intención de vivir un día más. Enhorabuena, porque vuelve a estar entre nosotros.

Yo no sentía ninguna euforia ni ningún placer por haber sobrevivido. Pero, sentado en la estrecha cama del hospital, con la vista fija en los paneles granulados del techo, no dejaba de repasar mentalmente el momento en que me había arrojado a la nieve. Hasta esa fracción de segundo, estuve subyugado por la pendiente, porque una parte de mí agradecía una solución inmediata para todo lo que me abrumaba.

Pero entonces...

Me salvé, y acabé simplemente con algunas contusiones, un hombro maltrecho y un tremendo dolor de cabeza. Cuarenta y ocho horas después de mi ingreso en el hospital, conseguí montar en un taxi, volver a la estación de esquí y recoger mi todoterreno abandonado. Aunque no llevaba cabestrillo, me siguió doliendo el hombro durante todo el camino hasta Maine cada vez que tenía que girar el volante. Por lo demás, el viaje de regreso transcurrió sin novedad.

—Quizás ahora empiece a sentirse deprimido —me había dicho la fisioterapeuta en nuestra última sesión—. Pasa a menudo, después de este tipo de cosas. Pero ¿quién podría culparlo? Usted eligió vivir.

Llegué a Wiscasset justo antes del anochecer, a tiempo para recoger la correspondencia en la oficina de correos. En mi casillero, una papeleta amarilla me anunciaba la recepción de un paquete postal, que debía reclamar en el mostrador principal. Jim, el director de la oficina, notó mi mueca de dolor al levantar el paquete.

—¿Te has hecho daño? —preguntó.

—Sí.

—¿Un accidente?

—Algo así.

El paquete que me había entregado era en realidad una caja, y me la enviaba mi editorial de Nueva York. Cometí el error de acomodármela debajo del brazo izquierdo, e hice una segunda mueca de dolor cuando el hombro debilitado me advirtió que no volviera a hacerlo. Mientras firmaba el recibo, Jim me dijo:

—Si mañana no te sientes bien y no te ves con fuerzas para ir al supermercado, pásame la lista de la compra por teléfono y ya me ocuparé yo.

Vivir en Maine tiene muchas ventajas, y la mejor de todas es que los vecinos respetan tu intimidad, pero están ahí cuando los necesitas.

—Creo que seré capaz de empujar el carrito por la sección de frutas y verduras, pero te lo agradezco de todos modos.

—¿En esa caja viene tu nuevo libro?

—Si es así, otra persona debe de haberlo terminado por mí.

—Ah, ya veo.

Volví al coche y puse rumbo a casa mientras la oscuridad de enero aumentaba mi desánimo. La fisioterapeuta tenía razón.

Escapar a la muerte lo vuelve a uno más introspectivo, más sensible a la naturaleza melancólica de las cosas, Y un matrimonio fracasado también es una muerte, pero una muerte con vida, ya que la persona que se ha ido sigue sintiendo y actuando, sigue sumamente viva, pero sin nosotros.

—Siempre has sido ambivalente respecto a mí, respecto a lo nuestro —me decía Jan a menudo, hacia el final.

¿Cómo podría haberle explicado que, con la excepción de nuestra maravillosa hija, sigo siendo ambivalente respecto a todo? Si no me he reconciliado conmigo mismo, ¿cómo puedo hacerlo con los demás?

La casa estaba oscura y fría cuando llegué. Saqué la caja del coche y la deposité sobre la mesa de la cocina. Puse la calefacción, cargué de leña y encendí la estufa que ocupaba un rincón del cuarto de estar y me serví un vaso pequeño de whisky. Mientras esperaba a que las tres modalidades de calefacción surtieran efecto, miré por encima el montón de cartas y revistas que había recogido en la oficina de correos. Después le dediqué mi atención al paquete. Con unas tijeras, corté la gruesa cinta adhesiva con que lo habían sellado. Una vez abierta la tapa, me asomé al interior. Había una carta de Zoé, la secretaria de mi editor, colocada encima de un gran sobre acolchado. Al levantar la carta reparé en la caligrafía del sobre, los sellos alemanes y el matasellos. En la esquina izquierda del paquete se veía el nombre del remitente: «Dussmann». El corazón me dio un vuelco. Era su apellido. Y la dirección: «Jablonski Strasse, 48, Prenzlauer Berg, Berlín». ¿Sería su dirección desde...?

Ella...

Petra...

Petra Dussmann.

Leí la carta de Zoé:

Esto nos llegó hace unos días, a tu nombre. No he querido abrirlo por si se trata de algo personal. Si es algo inconveniente o extraño, dínoslo y ya nos ocuparemos nosotros.

Espero que el libro nuevo vaya bien. Estamos ansiosos por leerlo. Saludos...

«Si es algo inconveniente o extraño...».

No. Solo era el pasado, un pasado que había tratado de enterrar hacía mucho tiempo, pero que regresaba para perturbar un presente ya de por sí bastante alterado.

Wie bald «nicht jetzt» «nie» *wird*.

¡Qué pronto «aún no» se convierte en «nunca»!

Hasta que llega un paquete... y todo lo que uno ha pasado años tratando de eludir irrumpe de pronto en la habitación.

¿Cuándo el pasado no es un espectral salón de sombras?

Cuando podemos vivir con él.